

Ya el Partido Comunista ganó la primera batalla en la Municipalidad. Muchas cuadrillas arbitrariamente despedidas, trabajan de nuevo, por gestión enérgica de los municipales obreros. Solo ellos defienden al proletariado.

EDITORIAL

LOS COMUNISTAS EN LA MUNICIPALIDAD

El día primero de enero retropróximo tomaron posesión de sus cargos de regidores al Municipio de San José, los camaradas Adolfo Braña y Guillermo Fernández. Los votos del sector más consciente del proletariado capitalino los llevó allí, para que fueran voceros auténticos de las necesidades y aspiraciones de la masa trabajadora.

Nuestro Partido—lo hemos repetido mil veces e insistiremos siempre sobre ello—no es una organización electoral. No perseguimos como finalidad la de colocar en cargos parlamentarios, remunerados o no, a algunas docenas de compañeros. No creemos, ni por un momento, que dentro del marco pacífico y legal de la democracia burguesa vamos a obtener satisfacción para las reivindicaciones del proletariado. La historia nos ha enseñado, y para nada queremos olvidar la lección, que las clases revolucionarias no han logrado desplazar del poder a la reacción que les estorbaba la marcha, sino utilizando la violencia. La burguesía, hoy clase conservadora y reaccionaria hasta la médula, también usó de esa violencia que hoy condena cuando con picas y ballestas asaltó las Bastillas de la organización aristocrática y feudal. Nosotros, en este sentido, no vamos a inventar métodos nuevos. En las calles, con el arma al brazo, daremos la última batalla al Estado capitalista y a la organización económico-social capitalista, para echar las bases de un orden humano más armonioso y justo, el de la sociedad clases.

Las anteriores consideraciones, sobre las cuales damos especialmente la atención de nuestros compañeros, no significan que el Partido renuncie a las luchas políticas dentro del marco «legal», ni tampoco que desestime los éxitos obtenidos en ellas. Tan no compartimos el estéril apolitismo de los anarquistas y de los comunistas enfermos de ese radicalismo de infancia que Lenin calificó de «sarampión revolucionario», que fuimos a las elecciones municipales de diciembre, armados, eso sí, de doctrina y de organización, vigilando celosamente porque la disciplina ideológica y material de nuestras filas no sufriera descabros. Tampoco hemos cometido la tontería de mirar desdeñosamente el resultado de las elecciones. Esos mil seiscientos votos auténticos, sin un «forro» y sin una conciencia cohechada con guaro o con dinero, nos han servido para hacer balance de nuestras fuerzas en dos provincias del país. Esa derrota estruendosa inferida por nosotros a la llamada Coalición Josefina, bloque de cinco fracciones de la burguesía costarricense, nos ha dicho también que ya están muy abiertos los ojos de centenares de trabajadores, para no dejarse engañar por esos estafadores empedernidos de la conciencia obrera. Y la derrota de los «maffios» nos es particularmente significativa por el hecho de que en el bloque aludido figuraba esa tureca capitalista llamada Partido Reformista, que durante muchos años estuvo traficando impunemente con la ingenuidad de las masas. Atrás, farsantes de todos los matices, politiqueros de todos los colores, pseudo-obreristas y licenciados envejecidos en el engaño de los pueblos: eso han dicho en las elecciones recién pasadas, con estruendosa voz unánime que todavía chima los oídos de mucho señor de leva, mil seiscientos trabajadores capacitados y enérgicos, conscientes de sus deberes clasistas. Cada uno de esos hombres que libremente se acercó a la urna para votar por su partido de clase, es ya un soldado juramentado en la causa de la revolución social. Así ve el Partido el resultado de las elecciones municipales de diciembre.

La línea de acción que van a seguir nuestros camaradas regidores, la precisó Braña en su discurso de la sesión inaugural. En leal cumplimiento de las promesas hechas a las masas trabajadoras en nuestra plataforma electoral, el Partido, a través de sus municipales, presentará una serie de proyectos a la consideración de la Cámara Municipal. Pediremos una reforma integral de los sistemas tributarios; la higienización de los barrios obreros; la moratoria para los deudores pobres del Municipio; la rescisión de los contratos de cremación de basuras y de cordón y caño; la supresión de todos los cargos decorativos; el cese de las granjerías a los capitalistas; la publicidad de las sesiones y del movimiento de caja; el salario mínimo para los trabajadores municipales; el cumplimiento de la disposición legal sobre demolición de chinchorros; y en todo momento, estarán también alertas nuestros delegados Braña y Fernández, los municipales del pueblo, para denunciar fraudes y desenmascarar pillos. Ya se iniciaron las sospechosas maniobras en los pasillos de la casa municipal; ya la red del chanchullo y del negociado turbio ha comenzado a tejerse, y quien no sea tonto puede ver como los hilos sospechosos de esa red van a terminar en las oficinas de los mismos hom-

Proletarios de
todos los
países
UNÍOS!

TRABAJO

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA DE COSTA RICA



APARTADO DE CORREOS No. 1386

DIRECCION:—Comité Ejecutivo del
Partido Comunista de Costa Rica

PRECIO: DIEZ CENTIMOS

AÑO II

SAN JOSE, C. R., SABADO 7 DE ENERO DE 1933

Núm. 20

La guerra entre Colombia y Perú Los gobiernos feudal-burgueses de América del Sur proyectan una criminal carnicería de hombres

Sección de la Liga anti-Imperialista
de Costa Rica

Desde hace algunos meses viene agitándose la cuestión de una posible guerra entre Perú y Colombia. Las últimas noticias indican que la manzana es casi un hecho inevitable. Actualmente remonta el Amazonas, rumbo a Puerto Leticia, una expedición militar colombiana, formada por dos mil hombres armados con los más perfeccionados instrumentos de muerte—hidroaviones, ametralladoras, granadas, bombas de gases asfixiantes, etc. Y en el puerto aludido, perfectamente acondicionados también para la tarea de matar, los esperan 3.000 soldados del Perú. La llegada frente a Leticia de la expedición que comanda el colombiano Vásquez C o b o iniciará seguramente la criminal masacre colectiva, que acaso se extiende a toda la parte Sur del continente. A rápidos trazos vamos a referirnos en esta nota a los antecedentes y desarrollo del conflicto peruano-colombiano; y a definir nuestra posición ante él. En asuntos de tanta gravedad, ningún revolucionario consecuente y ningún periódico de combate y doctrina puede guardar silencio. Sería una vergonzosa traición a su ideología.

El conflicto entre Colombia

bre que desde las tribunas públicas clamaban hipócritamente por el «saneamiento de la municipalidad». Sobre estas maquinaciones contra los dineros del pueblo, ha caído ya nuestra mirada vigilante. Y llegado el momento, aportando nombres y hechos concretos, la voz de los compañeros Braña y Fernández se hará oír en el recinto de la Cámara, denunciando con implacable energía toda maquinación urdida para estafar al pueblo contribuyente. Todo esto, en el mismo lenguaje claro, se los dijo ya Braña; ahora, oficialmente, el Partido también define desde estas columnas su criterio.

Alguno de los ayudas de cámara del Presidente de la República ha dicho por ahí que el señor Jiménez, con ese tono suficiente y petulante que lo caracteriza, afirma que la Municipalidad será la «tumba del Partido Comunista». No aseguramos que la frase sea suya, pero bien pudiera serlo, porque es expresión de un criterio sustentado por nutridos sectores de la burguesía costarricense. Imaginan esos señores que nosotros, al igual del Partido Reformista, vamos a encharcarnos en ese lodazal del parlamentarismo burgués; que nuestro ímpetu revolucionario se apagará al contacto con las fórmulas rituales del «pido la palabra, señor Presidente»; que nuestros municipales no resistirán la tentación del halago y del cohecho. El Partido, seguro de sí mismo y de los hombres que llevó a la Cámara Municipal, observa despectivamente esas apreciaciones. Sabemos bien que de su actuación en la Municipalidad saldrá el comunismo limpio de toda sombra de pecado y más arraigado que nunca en la conciencia de las masas obreras y campesinas.

El Partido Comunista sabe de dónde viene y para dónde va. Para sortear escollos, para burlar celadas, tiene una doctrina científica, alumbrándole la marcha. Para vencer dificultades y superar inconvenientes, tiene una fe sin vacilaciones, una fe de sectarios, en el triunfo inevitable del proletariado y de la justicia social sobre la tierra.

Desde esta edición, TRABAJO inicia esta nueva sección. En ella, iremos comentando semanalmente los sucesos nacionales o internacionales más importantes, en relación con el imperialismo y sus métodos de bandadaje y crimen. Esperamos contribuir así a la formación de una conciencia anti-imperialista en nuestras masas.

y Perú se inició como consecuencia de la ocupación, el 1 de setiembre de 1932, del Puerto de Leticia, sobre el Amazonas, por un grupo de peruanos militares y civiles, comandados por el Coronel Oscar Ordoñez. Ese puerto que había sido primitivamente peruano, fue cedido a Colombia en virtud del tratado Salomón-Lozano, firmado en 1922 y ejecutado en 1928. Es posible que hubiera en ese pueblo un sincero deseo de reintegrarse al Perú, y ese sentimiento lo aprovechó Sánchez Cerro para fraguar con Ordoñez, —ingeniero fracasado, inescrupuloso al extremo de ser muy conocido en Lima como «protegido» de una mujer pública—el asalto de Leticia. El propósito de Sánchez Cerro era, no satisfacer esas

posibles ansias populares, sino restituir a los latifundistas de la región oriental del Perú un puerto que necesitaban para sacar al Pacífico, vía el Amazonas, los productos de sus feudos, así como desviar hacia el conflicto con Colombia, que suponía inevitable, la tormenta que contra su gobierno despótico está formándose en el país. No le salieron fallidos sus cálculos, o mejor, los de la camarilla de intelectuales corrompidos que le sirven de consejeros (Víctor Andrés Belaúnde, José María Manzanilla, los Miró Quesada, etc.) El Gobierno de Colombia, gobierno típicamente feudalista-burgués, saturado de ese patriotismo histérico que caracteriza a las burguesías, recogió el guante. La cancillería de Bogotá lanzó gritos de alarma ante el «incalificable atentado»; y detrás de ella, presionándola para que adoptara actitudes extremas, se situó toda la clase capitalista del país, interesada en conservar bajo la jurisdicción colombiana un puerto que reforzara sus posiciones de estrategia económica y militar. Olaya Herrera, y la clase que él representa, vieron también en el conflicto un «medio para distraer la combatividad, peligrosamente orientada hacia manifestaciones clasistas, de los millares de sin trabajo, así como para apaciguar bajo el pabellón de la «defensa de la patria», las contradicciones de clase agudamente manifestadas en el campo. Ya los fusiles latifundistas han asesinado a los colonos y campesinos pobres de Viotá y otras regiones colombianas, insurgidos por la conquista de su derecho a la tierra que trabajan; mas, ante la imposibilidad de solucionar el problema agrario asesinando campesinos, ahora se les enviará al Putumayo y al Amazonas, para que las fiebres tropicales, la falta de agua potable y las balas peruanas, den buena cuenta de ellos. Estos son, para el observador dialéctico, los dos extremos del conflicto peruano-colombiano: de ambos lados, interés de grupos latifundistas y comerciantes por un puerto de halagadoras perspectivas de desarrollo para el futuro; de ambos lados, interés de dos gobiernos, fogueados intensamente por una oposición interna, en ocupar

en la guerra internacional la peligrosa combatividad de las masas; de ambos lados, maniobras de los imperialismos rivales en el control de la América Latina, los imperialismos inglés y yanqui, y criminales gestiones de los vendedores de armas, de los representantes de la «internacional sangrienta de armamentos», atisadores de una guerra donde sus mercancías van a tener un seguro mercado. Quien se quede en la superficie del conflicto no verá nada de esto. Porque la superficie está hecha de hipocresías y de farsas cínicas. Porque la superficie la forman los discursos grandilocuentes, a lo Gaitán, de los invocadores de la Patria, el Derecho, la Justicia; y los editoriales de la prensa chovinista, subvencionada de ambos lados por las camarillas gobernantes, por los agentes del imperialismo y por los fabricantes de armamentos; y los desplantes de heroísmo bufo de los intelectuales, profesores, curas de todas las sectas, canallas de todos los círculos, traficantes desvergonzados con la candidez de las muchedumbres. Esos políticos, curas, periodistas, etc. directamente interesados en la guerra, fomentadores y aprovechadores de la guerra, se quedarán en sus casas cuando ésta estalle. En la selva saturada de miasmas mortíferas, en la selva virgen del Amazonas, se matarán unos con otros los obreros de las ciudades y los campesinos, siervos de latifundios peruanos y colombianos. Como en los días de la guerra imperialista de 1914, como en todas las guerras de burguesías, los ingeniosos trabajadores a quienes emborrachó el licor patriótico, se matarán en los frentes, mientras en la retaguardia a los capitalistas les crecerá de volumen el abdomen y la bolsa. Para que no se diga que estamos lanzando afirmaciones indocumentadas, vamos a transcribir párrafos de una nota publicada en «La Prensa» de Barranquilla, periódico patriótico y de conocida filiación reaccionaria. Viene esa nota, en su edición del 30 de Noviembre pasado. Después de referirse a un contrato celebrado por el Gobierno con un señor Prieto, para el transporte de cargas militares desde la ciudad de Pasto a la de Puerto Asís, dice de dicho negociado:

«Conforme el mismo contrato, el mismo volumen de carga que conducen nuestros arrieros a seis pesos, lo hace el nuevo contratista por veintinueve con una diferencia FAVORABLE AL NE-

Pasa a la página 4